

**¡CÓMO NO NOS DIMOS  
CUENTA ANTES?**

**Dormía y soñaba y soñaba que recorría tierras desconocidas; eran —paradójicamente— tierras altas de un delicado valle situado a los pies de colinas rojizas, verdeazuladas, amarillas y doradas; y cuyas colinas dispensaban de pronunciados declives; a los costados de sus caminos y de todos los límites de los rectángulos que conformaban las parcelas de los habitantes y propietario del lugar, y desde la lejanía que yo aún caminaba y subía y bajaba, notaba una llamativa flora que transmitía una muy agradable sensación de vida palpitante.**

**A medida que me acercaba y adentraba en los caminos externos de dicho valle comencé a percibir, y al lado de cada paso que daba, plantas de los frutos más variados; de igual suerte se hallaban allí, y a la alcance de mi mano, y asimismo de cada transeúnte, todo tipo de verduras, legumbres, hortalizas, y otros tipos de vegetales; mi sorpresa iba creciendo en armonía con mi corazón de tanto bombear sangre debido a que subir y descender colinas conlleva un hermoso esfuerzo y el cual se va sintiendo de poco en más cuando no se está acostumbrado a tan sencillo como feliz ejercicio; allí comienza a faltar el indispensable oxígeno. Pero aparte de ello, mi sorpresa ya, y a esta altura, era mayúscula; la variedad de todo tipo de alimento delicioso, era casi infinita, y su abundancia tal, que se perdía la vista en lontananza y hasta los mismos confines de aquel país extraño, y aún y más allá se seguía divisando ese vergel, esa selva infinita de delicias para el cuerpo y los sentidos.**

**Era tal la tentación que me arrimé a las ramas dobla-**

**\_\_\_ \* ¡Cómo no nos dimos cuenta antes? \* \_\_\_**

\_\_\_ \* RSLO \* \_\_\_

das por el peso y cuajadas de duraznos relucientes, y los toqué; mas no me atreví a cortar ninguno; de igual suerte hice con bananas, higos, peras, damascos, ciruelas, cerezas, frambuesas, fresas de diversos tipos; pero quedé rojo de vergüenza al percibir que al lado mío pasaba, en su bicicleta, un vecino del lugar; paró, y se acercó; amable y solícitamente me saludó; le respondí un poco incómodo pensando que quizá él sospechaba que yo pensase hurtar alguna fruta de allí.

—¡Bellísimas!, ¿verdad? -me anticipé yo, tratando de disimular.

—¿Las probó? —me preguntó directamente y con una amplia sonrisa.

—¡No, por favor! ¡Jamás me atrevería a ello!

—¿Por qué? —dijo muy asombrado.

—Porque jamás tomo lo no me corresponde —le advertí muy serio y casi enojado.

—Pero en este país todo lo que está sobre los caminos, calles externas e internas, y en los cercos delimitantes, es de todos; podemos extender nuestras manos, llenar nuestras canastas, llevarlas a casa y comer de ellas, e inclusive industrializarlas y venderlas —me dijo de una forma que en primera instancia pensé que me estaba cargando al hombro y se divertía conmigo. Sin embargo él advirtió mi desconfianza hacia sus asertos, y me replicó:

—Seguramente usted es la primera vez que nos visita, ¿cierto?

—Sí, así es —casi le advertí.

—Entonces lo comprendo, mas bueno es que sepa que en este país, y como usted puede verlo hacia

\_\_\_ \* ¡Cómo no nos dimos cuenta antes? \* \_\_\_

\_\_\_ \* RSLO \* \_\_\_

donde mire, está superpoblado de todo tipo de alimentos y los cuales están para el disfrute y alimentación de toda la nación; aquí, hace centurias que hemos desterrado el hambre, la desnutrición y la pobreza, es más, ya ni recuerdo tenemos de ellos; usted podrá corroborarlo a media que camine nuestros caminos, calles y los pueblos interiores. Toda línea de cerco está sembrada con frutas, verduras y demás; y todo ello es de todos; lo que está dentro de cada parcela, sí es de cada propietario. Por lo tanto, estimado amigo, tome con total confianza todo lo que necesite y disfrute lo que más pueda de ello; será nuestra mayor alegría. Saludó con un suave toque en el sombrero y siguió descendiendo suavemente en su ágil bicicleta y cuyos canastos delanteros y traseros iban colmados de verduras y frutos, y cada tanto paraba y recogía algunos más y lo acomodada entre los muchos que ya portaban sus preciosas alforjas.

Y así comencé a disfrutar de los deliciosos y variados frutos de aquel lugar. Pero hubo algo que aún más me sorprendió. Todas las calles (en los carteles que señalan cada cruce y en los cuales generalmente encontramos el nombre de cada calle y la altura de misma), tenían el mismo nombre y solamente las distinguía un número y una letra; por ejemplo la esquina del cruce primero de caminos que encontré, tenían sus carteles la siguiente nomenclatura:

**A5- ¡Cómo no nos dimos cuenta antes? 500-800** La de mi izquierda decía:

**B7- ¡Cómo no nos dimos cuenta antes? 1.200- 1500**

\_\_\_ \* ¡Cómo no nos dimos cuenta antes? \* \_\_\_

\_\_\_ \* RSLO \* \_\_\_

Mi asombró se acrecentó cuando comprendí que todas las calles tenían la misma leyenda:

**¡Cómo no nos dimos cuenta antes?**, y luego la alfanumérica denominación y demarcación.

Seguí disfrutando de tan asombroso país y cortando y comiendo uvas, mangos, guayabas y chirimoyas, cuando divisé a aquel atento hombre que retornaba de su viaje campestre.

—¿Y? —me dijo solamente; y levantó sus cejas dando a entender que comprendía el jolgorio en el cual yo estaba inmerso.

—¡Fa- Fantásticas!, -dije yo con boca y manos llenas.

—¡Disfrute, disfrute!, pues el día se presta -dijo señalando el sol radiante que desparramaba sus rayos iridiscentes sobre la exuberante campiña circundante.

—¿Puedo hacerle unas preguntas? —me animé a decirle.

—¡Por supuesto que sí! —admitió feliz.

—¿Cómo, cuándo, y el porqué de toda este maravilloso vergel? —pregunte entusiasta por saber del presente milagro.

—En realidad no tengo la certeza precisa pues ello ocurrió hace varios siglos, y conozco lo que se nos ha transmitido voz a voz y generación a generación, y usted ya sabe que lo dicho en un lejano comienzo puede ser distinto a lo escuchado por el último transmisor, por aquello de las múltiples personalidades, facetas y circunstancias que envuelven todo ello. ¿Usted me comprende, verdad?

—Totalmente.

\_\_\_ \* ¡Cómo no nos dimos cuenta antes? \* \_\_\_

\_\_\_ \* RSLO \* \_\_\_

—Lo que tengo en mi mente es que hace unos trescientos años había tanta hambre y necesidades insatisfechas en nuestra tierra y en nuestros pueblos, que resultas de ello, supongo, y en una noche sumamente tormentosa y plena de rayos y truenos y en la cual se desplomaba un aguacero inusual, allí, en la lobreguez más espeluznante, se escucharon unos golpes formidables en los galpones del Corralón Municipal. Muchos corrieron para tratar de ver; la sorpresa fue ver clavado en el portón mayor, sobre sus gruesas tablas, un largo pergamino, y al cual lo reflejaban altas llamas de una fogata recién prendida, y ubicada bajo los aleros del edificio y contra las paredes de ladrillo del galpón principal.

—¿Qué estaba escrito allí?

—De nosotros, nadie con certeza lo sabe; dicho pergamino está guardado aún hoy en la caja fuerte del edificio gubernamental; lo que sí se transmitió era un extracto de los consejos vertidos allí.

—¿Cuáles?

—Allí se prometía que si se ponían en ejecución dichos consejos en treinta años ya no habría más hambre, desaparecerían la pobreza, la indigencia y la falta de educación, disminuirían y grandemente la delincuencia y la deserción escolar. Se fortalecerían la familia y los lazos familiares consecuentes.

—Bueno, hombre, ¡cuente de una vez!

—Ahí va: Cada padre de familia y cada vez que ellos consumieran frutas, legumbres, verduras y todo lo que tuviese semillas, ellas debían guardarse, secarlas a la sombra y acumularlas; luego y en los

\_\_\_ \* ¡Cómo no nos dimos cuenta antes? \* \_\_\_

\_\_\_ \* RSLO \* \_\_\_

tiempos de la siembra, salir a pasear por los caminos y linderos y con vara puntuda en mano ir enterrando una a una y todas ellas; si cada familia hacía eso, en treinta años habría tal producción y abundancia de de verduras y frutos que muchos comenzarían a desarrollar industrias de elaboración para así exportarlos a naciones vecinas y se aumentarían notablemente los niveles de empleos y salarios, dignos.

—La idea parece maravillosa, mas, .. ¿cómo regarían las plantas? ¿Cómo les harían llegar el fluido vital y necesario? ¿Y quién las cuidaría?

—Debe usted comprender que aquí tenemos un régimen de lluvias anuales que ronda los 1.000 milímetros de aguas y ello ya ayuda mucho, asimismo se determinó que el gobierno debía destinar el 001% del presupuesto nacional para la construcción de molinos de vientos para extraer aguas subterráneas, y la elaboración de canales y acequias conducentes de ellas, cómo se hace en provincias de tierras excelentes pero desérticas (Mendoza, San Juan, La Rioja, Catamarca, Río Negro, Neuquén). Dicho dinero se iba a descontar del presupuesto para ‘DEFENSA’; es decir, menos armas y más productividad. Respecto a quién las cuidaría, sería el pueblo en su conjunto: un día cada quince, cada familia saldría de fiestas campestres y carpiría y desmalezaría una parcela determinada; además como del otro lado del cerco están las tierras privadas de cada propietario, el mismo colaboraría ya que es un beneficio para todos, y ni qué decir si luego las industrias harían su parte para lograr

\_\_\_ \* ¡Cómo no nos dimos cuenta antes? \* \_\_\_

\_\_\_ \* RSLO \* \_\_\_

mayores rindes e ingresos. Y todo ello se dio de manera natural; se hizo sin la desesperación del hoy, sino pensando en décadas delante; y precisamente, treinta años después, y sin que la población casi lo advirtiera, estábamos saturados de frutos, y allí, y según lo anticipado, comenzó a desarrollarse una enorme industria de elaboración de frutos y asimismo exportación de ellos. Y hubo tanto ingreso por ello que tal riqueza comenzó a desbordar y llenar otras necesidades y otros presupuestos de la nación. Como usted puede ver, con algo tan simple y sencillo, se logró un resultado formidable y el que parece milagroso, pero que no lo es; ello el resultado de pensar, planear, desarrollar y trabajar en conjunto; nada supera al trabajo en equipo.

—Del milagro y a la vista de quien quiera comprobarlo, no hay duda alguna —dije eufórico, mientras continuaba degustando frutos por doquier.

—¡No se olvide de visitar el dilatado Jardín de los Cerezos, y los Parques Nacionales, de las Uvas y el de los Melones, ubicados en las tierras altas, y cuando vaya hacia allí no olvide de llevar consigo unas buenas canastas vacías! —me alentó cuando se despedía de mi.

Mas como todas las alegrías tienen corta duración, sentí que alguien me zamarreaba por los hombros

—Hijo, ¡hijo mío despierta! —dijo una voz apresurada que luego reconocí como la de mi querida madre.

—Si, si; ¿Qué dices, madre? -Le dije con los ojos aún pegados de sueños mientras miraba mis manos buscando frutas deliciosas, y a las cuales no hallé.

\_\_\_ \* ¡Cómo no nos dimos cuenta antes? \* \_\_\_



\_\_\_ \* RSLO \* \_\_\_

—Hijo, has dormido una siesta hermosa, pero tienes que ir a la ciudad, y allí en Lima debes comprar frutas, verduras, legumbres y hortalizas porque ya nuestra despensa está casi vacía -me dijo con amorosa y cálida sonrisa.

—Sí; sí, madre mía; me levanto y pronto voy; traeré todo lo que me has solicitado.

—¡Eres un buen chico! -me dijo mientras me palmeaba uno de los hombros.

Salí a la calle soleada esperando encontrar, como en un mágico sueño los vergeles de frutas multicolores, ... pero fue en vano; frente a mí venían los amigos del barrio y a los cuales, y por un solo instante pensé en relatarles mi asombroso sueño, mas pronto desistí; no sé por qué, pero sospecho que no me creerían, y peor aún, prontamente sus sonrisas burlonas aflorarían en los pálidos rostros.

\_\_\_ \* ¡Cómo no nos dimos cuenta antes? \* \_\_\_

**Autor:**

**Raúl Silverio López ortego**

**Nacimiento: 1950. San Rafael, Mendoza,  
Argentina.**

**Domicilio:**

**Ruta 9 Panamericana Km 102,700**

**–CP 2806-LIMA-**

**BUENOS AIRES – ARGENTINA –**

**[lopezortego@gmail.com](mailto:lopezortego@gmail.com)**